

LOS PRINCIPIOS METAFÍSICOS:

FUNDAMENTO DE LA REALIDAD ACTUAL DE LA VIRTUD

El Padre Leonardo Castellani advierte que Santo Tomás es de todos los siglos porque vivió a pleno el siglo XIII, pues “lo vivió intelectualmente, que es la más alta manera de vivir; pero no es de todos los siglos de la misma manera”¹, según las luces que de sus principios puedan descubrirse para cada tiempo. El fraile medieval hoy nos recuerda que toda ciencia se encuentra virtualmente contenida en sus principios, y así como los principios indemostrables son en el orden especulativo, es el fin último el principio en el orden operativo y moral², al punto que su dilucidación, verdad plena y sumo bien al cual se dirige con sus actos el hombre virtuoso, determina su felicidad, la Beatitud o Visión gloriosa, esto es, contemplar a Dios.

“*Lo propio del sabio es ordenar*, dice Santo Tomás pero el sabio sólo puede ordenar si participa de aquel Orden Superior impreso en la mente a modo de hábito natural, del que no es causa y que por lo mismo a él se debe atener mediante su libre albedrío. Todo el sentido de la ética tiene carácter perfectivo y teleológico en la misma medida que el hombre se atiene a un orden que él no produce sino que conoce. Sólo de este modo podrá ordenar sus actos a un fin que da sentido a esos mismos actos”³.

La cuestión moral de la virtud, en cuanto hábito operativo bueno y cualidad estable que perfecciona con su acto las potencias operativas humanas y así su libertad⁴, se encuentra en conexión de fundamentación, metafísica y antropológica, con *lo que es* cada hombre en su naturaleza humana, intelectual y sensible: un cuerpo organizado por una forma intelectual-racional que le permite realizar sus operaciones específicas, el conocer la verdad y el querer el bien, allende las que competen a su corpórea sensibilidad. Lo propio del hombre entonces es operar o actuar en conformidad con lo que es, sintiendo, conociendo y queriendo los distintos órdenes de la realidad natural, de modo que su dignidad, con respecto a otros seres naturales,

¹ Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*, Tomo I, Antepólogo, por Leonardo Castellani, en versión del Club de Lectores, Buenos Aires, 1988, p. XXI.

² “En efecto, como dice el Filósofo en *Ética* (VII, 8), el fin en lo práctico u operable es como el principio indemostrable en el orden especulativo. Ahora bien, el error en lo especulativo que es acerca de los principios indemostrables, difícilmente puede ser apartado, puesto que no puede tomarse cosas más conocidas con las que refutar el error. Así también, en lo práctico, cuando alguien se adhiere a un pecado como a su fin, como si él constituyera su felicidad, no puede presentarse fácilmente remedio a semejante pecado, puesto que nada es más querido por el que peca por cuya consecución él pudiera abandonar aquello en lo que pone su último fin. Y todo el que peca por elección o determinación se adhiere al pecado que elige como a un bien en sí mismo y como al fin, por lo que dicho pecado no se puede curar fácilmente”, Santo Tomás de Aquino. *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*, II/2: El libre arbitrio y el pecado, Edición preparada por Juan Cruz Cruz, EUNSA, Pamplona, 2008, d. 43, a. 4, c. Cfr. *S. Th.* I, q. 1, a. 7, c. y I-II, q. 72, a. 5.

³ Cfr. Órdenes, Mauricio. “La felicidad humana”, *Ética General. Selección de textos* (texto de uso interno), Centro de Estudios Tomistas, Santiago de Chile, 2000.

⁴ Cfr. *S. Th.* I-II, q. 55, a. 3, c.; cfr. Ángel Rodríguez Luño. *Ética*, EUNSA, Pamplona, 1986, pp. 131-3.

proviene precisamente de la especificidad de su naturaleza. Ella le descubre su capacidad de direccionarse trascendiendo el reino material, hacia al plano de lo inteligible y espiritual⁵. A lo cual puede acompañar, en lo espiritual pero ahora religioso, otra capacidad presente en él, de carácter “obediencial”, que le permite encaminarse hacia un orden que trasciende lo natural mismo y por ello es sobrenatural: el verdadero Dios Uno y Trino.

En lo que sigue procuraremos desglosar, mas sin agotarlos, aquellos principios concebidos de orden primero que consideramos son sustento propedéutico y guían cuando se trata de abordar la ética de la virtud a la luz de lo explicitado por el Doctor de la Iglesia:

1. Santo Tomás concibe una doctrina cuyo principio se asienta, por el don de la fe⁶, en la Palabra de Dios inefable quien, con su Verbo, por su Amor, es Creador⁷ de todo lo existente y del hombre hecho a su imagen y semejanza. El poder de crear, de hacer pasar las cosas de no ser nada al ser, le pertenece a Dios, quien, por trascendente a su creatura, se revela a Sí mismo diciendo a Moisés: *Yo Soy El que Es*⁸. Su plenitud de verdadero Dios, Uno y Trino se manifiesta en Jesucristo, Hijo unigénito de Dios hecho Hombre, el Redentor que enseña a sus discípulos: *Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida*, y por quien, con la gracia del Espíritu Santo, por la Santa Madre Iglesia, puede regresar el hombre al Padre.

2. El Angélico desarrolla toda su concepción conforme el método formulado acabadamente por San Anselmo de Cantorbery, *Proslogion seu fides quaerens intellectum*⁹. Siendo necesario para la salvación del hombre una ciencia conforme la revelación divina, además de las disciplinas filosóficas, la teología sacra se ocupa principalmente de Dios y de las criaturas

⁵ Cfr. Blanca del Valle Avellaneda. *Meditación acerca del ser humano*, Baissac-Benjamín Editores, Córdoba, 2013, pp. 39-45.

⁶ Brevemente referimos aquí lo siguiente con relación al orden sobrenatural asentido en esta doctrina: La gracia otorgada por Dios al hombre es el principio formal de la vida sobrenatural. Así, la gracia santificante es una cualidad, cual accidente dispositivo de la sustancia y, por lo tanto, de la especie hábito, de orden sobrenatural inherente al alma humana que da una participación física y formal -aunque análoga y accidental- de la naturaleza misma de Dios, por la que se hace connatural en el hombre. Aunque participación accidental de la naturaleza divina, es soberana al infundirse en el alma y elevar así al hombre al rango de hijo de Dios y heredero de su Gloria. Las tres virtudes sobrenaturales o teologales son la fe, la esperanza y a la caridad, división correspondiente a las virtudes infusas por Dios en las potencias del alma del hombre para que alcance la vida sobrenatural, esto es, la Beatitud o Visión Gloriosa. Cfr. *S. Th.* I-II, q. 109-113; II-II, q. 1-46.

⁷ Santo Tomás de Aquino, *Compendium Theologiae*, c. 69, ar. 120, traducido por José I. Sarayana y Jaime Restrepo Escobar *Compendio de Teología*, Ed. Rialp, 1980.

⁸ *Yahveh* o *Yehovah* como *Jehovah*, transliteración latina del hebreo arcaico del *Tetragramaton YHVH*, nombre con que Dios se refiere a Sí mismo en el Antiguo Testamento, misterioso aunque de alguna manera revelador de su naturaleza, el cual combinaría formas del pasado, del presente y del futuro del verbo ser, confluyendo así en dicho nombre la eternidad de Dios y su señorío sobre el tiempo, asimismo con el sentido factitivo o causativo, que hace ser o trae a la existencia todo ser y actúa en la historia de su pueblo y de la humanidad dirigiéndola hacia Sí. Cfr. *Biblia de Jerusalén*, Éx. 3, 13, nota al pie, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2009⁴.

⁹ Según el cual se edificó toda la especulación latina de occidente cristiano. Cfr. José Ramón Pérez. *Discurso del Método Medieval. Amor y Verdad IV*, Ediciones del Copista, 2º ed. corregida y aumentada, Córdoba, 2000, p. 15. Cfr. Etienne Gilson. *Le philosophe et la Théologie*, traducido al español por G. Torrente Ballester *El filósofo y la teología*, Guadarrama, Madrid, 1962.

en cuanto con Él se relacionan, su principio y su fin, “porque Dios ordenó al hombre hacia un fin que excede la comprensión razonante (...) Pero el fin debe ser preconocido al hombre, que debe a él enderezar intenciones y acciones. Luego, fue necesario al hombre para salvarse, que por revelación divina le fueran descubiertas cosas que exceden la razón humana”¹⁰. Es viable entonces que lo estudiado con la luz de la razón natural por la filosofía otra ciencia asimismo lo asuma según es conocido por luz de la revelación divina, porque “la teología, que pertenece a la doctrina sacra, difiere genéricamente de aquella teología natural que es parte de la filosofía”¹¹.

3. Por ello, la inteligencia filosófica se encuentra con la exigencia primera de elucidar correctamente los principios en metafísica, pues “sólo siendo verdadera puede servirle como instrumento”¹² con el cual esclarecer lo inteligible del contenido revelado. En este sentido, al explicar que las ciencias no argumentan para probar sus principios, pues de ellos parten para demostrar otras cosas¹³, enfatiza que errar el principio es de máxima gravedad, pues de él depende para su demostración todo otro conocimiento.

4. Tomás afirma evidente lo que existe. El ente es, por tanto, el objeto propio de la metafísica: “el ente y la esencia son lo primero que el intelecto concibe”¹⁴, precisamente por ser lo primero que se ofrece en la experiencia de realidad concreta al entendimiento humano.

¹⁰ *S. Th.* I, q. 1, a.3, ad.1; a. 2, c. Ella es la ciencia superior y más noble: sea especulativamente, por la certidumbre de la luz de la ciencia divina que es infalible, a diferencia de la luz natural de la razón humana falible, como por la dignidad de su objeto, que la trasciende; sea prácticamente, ella ordena al fin último, que es la felicidad eterna.

¹¹ *S. Th.* I, q. 1, a. 1, ad. 2. Pues, “lo peculiar de la ciencia sacra es argumentar sobre todo según la autoridad; porque los principios de esta ciencia provienen de la revelación, y es preciso por consecuencia que creamos en la autoridad de (...) esta revelación. En nada deroga esto su dignidad; porque, si bien la autoridad, que se basa en la razón humana, es el tópico más débil; el más sólido es la autoridad basada en la revelación divina. Sin embargo, la ciencia sacra se sirve también de la razón humana, no para probar la fe, (lo que sería quitarle mérito), sino para evidenciar de algún modo lo que se trata en esta doctrina. Pues, como la gracia no destruye la natura, sino que la perfecciona, conviene que la razón natural sirva a la fe”, *S. Th.* I, q. 1, a. 8, ad. 2. La ciencia sagrada se sirve de las ciencias filosóficas para hacer más comprensible lo que enseña, no porque lo necesite en absoluto; tampoco por defecto ni por incapacidad, sino por la fragilidad del entendimiento humano, que, de las cosas que conoce por la luz natural, de la cual proceden las otras ciencias, es elevado más fácilmente a las realidades superiores, que son el objeto de esta ciencia. Cfr. *S. Th.* I, q. 1, a. 5, ad. 2., donde aclara Castellani al pie: “He aquí el sentido exacto del dicho *Philosophia ancilla theologiae* que ha sido calumniado modernamente como decapitador de la filosofía y destructor de su independencia y nobleza (...) La Teología emplea los resultados ya adquiridos por la filosofía, la cual supone a ésta constituida”, p. 18.

¹² Blanca del Valle Avellaneda. *Meditación cristiano-metafísica*, Ediciones del Copista, Córdoba, 2006, p. 15.

¹³ Así “la ciencia sagrada no argumenta, para probar sus principios, que son los artículos de fe; sino que parte de ellos para probar otras verdades (...) ocupa el primer lugar (...) la Metafísica, discute contra el que niega sus principios, si el adversario concede algo, porque, si nada concede, no es posible discutir con él, a pesar de que puedan destruirse sus razones (...), si el adversario nada cree de las cosas reveladas, no hay medio de probarle con razonamientos los artículos de la fe (...), puesto que la fe descansa sobre la verdad infalible y es imposible demostrar lo contrario a la verdad, es evidente que todas las pruebas contra ella, no son pruebas sino objeciones solubles”, *S. Th.* I, q. 1, a. 8, c.

¹⁴ Santo Tomás de Aquino. *De ente et essentia*, traducción de Carlos Alfredo Taubenschlag *Acerca del ente y de la esencia*, Ágape Libros, Buenos Aires, 2004¹, Prólogo, p. 25. Cfr. Etienne Gilson. *Being and Some Philosophers*, trad. Santiago Fernández Burillo *El ser y los filósofos*, Eunsa, Pamplona, 1979, pp. 231-279.

5. El ente se compone realmente de esencia y acto de ser (*esse*), esto es, de dos actos que operan recíprocamente por ser principios o causas de órdenes distintos, es decir, el acto formal, de la sustancia, y el acto de ser, aunque constitutivos del mismo y único ser real, un ente. Y esto se explica por una recíproca relación de acto y potencia, pero no bajo el mismo respecto cada vez. La clave metafísica del Aquinate es entender que no todo acto es forma y que ella es un acto que todavía permanece en potencia para otro acto que la actualiza no en cuanto esencia, sino que la hace ser o existir¹⁵, acto supremo de lo real. De este modo, una esencia subsiste por su acto de ser; el acto de ser es el principio de subsistencia de la forma de la esencia en todo ente.

6. Mas el ente siempre tiene el ser, pero sin serlo, porque nunca es su mismo ser (*esse*), es decir, en todo ente su esencia, se trate de una forma simple o compuesta, no se identifica con su acto de ser. El ente participa del ser (*esse*) pero no es el ser. Se concibe así el principio de individualidad, el acto de ser que hace indivisible al ente y distinto de otro, esto es, único, a su vez diferente del otro principio, de individuación, por la presencia material en las sustancias cuyas esencias son compuestas¹⁶.

7. El ente no es el ser, lo que en él descubre su ser contingente. Mirando a sus dos principios entitativos, esencia y acto de ser, vemos que su esencia no es su estar siendo (*esse*); ella se encuentra en potencia con relación a este, o está siendo causada o puesta en el ser, como esencia del ente, por su ser (*esse*), por lo que este es su acto, aunque no en cuanto acto de la esencia o acto formal; como nada de la esencia da razón de su acto (*esse*), ella no causa, como causa eficiente, su ser. Así, en la estructura del ente se revela una contingencia radical: no puede causarse a sí mismo, mas, si existe, es por otro. Como todo ente lo es por su acto de ser (*esse*), que no se identifica con su ser *un ente*, el hecho de que exista exige necesariamente una causa de ello, que sólo puede ser aquel que, siendo ser, puede causar seres. De modo que la contingencia constitutiva del ente es en relación a su causa, la cual lo trasciende, porque no siendo un ente, es el Ser mismo¹⁷.

¹⁵ Así, “la forma sigue siendo lo supremo en el orden de la sustancia, en su propio ser de forma y en su propia actualidad formal. Si la forma requiere aún y aún ha de recibir un complemento de actualidad, esa actualidad complementaria no podrá pertenecer al orden de la actualidad formal, sino que pertenecerá a un orden completamente diferente, al de la actualidad existencial”, *El ser y los filósofos*, *op. cit.*, p. 253.

¹⁶ Cfr. Blanca del Valle Avellaneda. *Meditación acerca de los seres naturales*, Ediciones del Copista, Córdoba, 2008, pp. 94-5. Pues, “dentro de una especie, cuya quiddidad es la misma para todos, cada ser es una individualidad distinta. Es distinto, en primer lugar, de cualquiera otro ser (ente) que pertenezca a la misma especie, y en segundo lugar es distinto de su propia quiddidad, puesto que su ser le pertenece sólo a él, mientras que su quiddidad es la misma para todos los miembros de la misma especie. De este modo, la composición es real (...) y la distinción es también real”, *El ser y los filósofos*, *op. cit.*, p. 255.

¹⁷ Esta noción de ente implica que “conocer el ser no es igual a hacerse ser, ya que jamás el conocimiento será o puede ser el mismo ser con el que y en el que, constantemente se encuentra (...) puesto que el conocimiento que

8. Aquella vía descendente teológica, concuerda ahora con esta vía ascendente filosófica, ya que, en concomitancia, el ente es afirmado por la inteligencia como un principio análogo, a partir del cual se alcanza a dilucidar la naturaleza de la causalidad eficiente¹⁸. Sólo Dios es su propio ser por esencia y, soberanamente perfecto, se basta a sí mismo porque no necesita de otro para ser lo que es; por participación son los demás seres, perfectos en razón de la medida de esta participación, pues en ningún otro ser su esencia es su propio ser. El ser absoluto y subsistente por sí mismo, en la intensidad de su acto de ser es la misma eternidad; necesariamente único, es causa de la existencia de todo lo que es¹⁹.

9. “Dios es acto puro, sin mezcla alguna de potencialidad. Conviene, por tanto, que su esencia sea acto último, pues todo acto que precede al último está en potencia con respecto a éste. El acto último es el mismo ser (*ipsum esse*). Y puesto que todo movimiento es paso de la potencia al acto, es necesario que aquel acto al que tienda todo movimiento sea el último acto. Y como el movimiento natural tiende a aquel último acto, que es el acto apetecido naturalmente, conviene que este último acto sea el que apetecen las cosas. Y este último acto es el ser (*esse*)”²⁰.

10. Asimismo Dios, trascendente por absolutamente primero, causa todo lo real sin necesidad interna ni externa. Sabiduría y bien por esencia, cuya inteligencia y voluntad son una con su ser²¹, con absoluta libertad por un acto crea en vista del fin, que es su propia bondad, por lo

un hombre tiene (...) jamás agota aquello que es”, *Meditación acerca de los seres naturales*, op. cit., p. 55. De este modo, el ente constituye el fundamento del realismo metafísico, asiento de una gnoseología realista, en el sentido que nunca lo conocido y el cognoscente se identifican absolutamente en el ser en el acto del conocimiento. Cfr. igualmente p. 54 donde la autora explicita el riesgo de un pensamiento pseudo-metafísico por no anoticiarse de aquella cuestión, a su juicio, presente en el nominalismo medieval, las metafísicas de la pura esencia posible, los modernos idealismos, haciéndose pura voluntad de poder y, en el pensar ya sin ser ni sujeto, devenido una construcción cuya efectividad científica la sirve. Cfr. *Meditación cristiano-metafísica*, op. cit., donde desarrolla pormenorizadamente estas problemáticas. Cfr. *El ser y los filósofos*, op. cit., pp. 231-317.

¹⁸ La doctrina de la creación modificó la noción de metafísica al introducir en el reino del ser una causa primera de todas, incluida la misma causa material, *El ser y los filósofos*, op. cit., p. 234 y cfr. pp. 250-251. Cabe precisar que el entendimiento del hombre que busca a Dios, accede de algún modo al Dios invisible por el conocimiento de sus obras visibles, sus creaturas, mas este conocimiento no solo es indirecto, en relación con la realidad divina en sí misma, sino también imperfecto, y esto según la relación del efecto a la causa y la analogía del ser.

¹⁹ Cfr. *C. Th.* c. 68, ar. 116-7 y *S. Th.* I q. 44, c. Cfr. *Meditación acerca de los seres naturales*, op. cit., p. 155.

²⁰ *C. Th.* c. 11, ar. 21.

²¹ *C. Th.* c. 33, ar. 66; c. 21 y 22. Y señala necesario el amor en Dios, “Porque el primer motus de la voluntad y de cualquiera virtud apetitiva es el amor (...), todos los demás movimientos del apetito presuponen el amor, como su origen: porque nadie desea sino el bien amado, ni goza sino del bien amado (...) doquiera hay voluntad o apetito, hay por fuerza amor (...) Habiendo (...) en Dios (...) voluntad, es forzoso que en Él haya amor”; pues “el acto de amor tiende bifurco: hacia el bien, que se quiere para alguno, y hacia aquel, para quien se quiere (...), amar a uno es quererle un bien: por cuya razón quien se ama a sí mismo (...) quiere el bien para sí, hasta el punto de querer asimilárselo en cuanto le es posible. De aquí el decirse el amor fuerza unitiva aun en Dios, aunque sin composición alguna; por cuanto el bien que Dios quiere no es otro que Él mismo; Bien por su propia esencia (...), cuando uno ama a otro quierele bien; y así pone al otro como otro yo, refiriendo el bien al otro como a sí mismo. El amor bajo este aspecto se dice fuerza conmixtiva; porque incorpora otro a sí, habiéndose con respecto a él como consigo mismo. Así el amor de Dios”, *S. Th.* I, q. 20, a. 1, c; ad. 3; a. 2, c. Cfr. *C. Th.* c. 100 a 103.

que ama todo lo creado y quiere el bien para todo ente, que existan y con todas sus perfecciones²². En cuanto sumo bien, Dios es la causa final a la que toda realidad tiende.

11. A su vez, Dios en su esencia, actualidad perfecta de ser, siendo simple carece de límites, por lo que es infinito; contrario al ente, cuya esencia no siendo su ser, lo limita en su actualidad, y por ello es ser finito. Todo agente produce lo semejante a sí mismo en la medida de su posibilidad, y siendo imposible que los entes puedan asemejarse a la infinitud y bondad tal que es Dios, convino que fuese representado por una diversidad de seres desemejantes, en razón de la gradual limitación de sus esencias, imitando a su manera la perfección divina cuya bondad lo dirige todo y atrae hacia Sí²³.

12. La solidez real o consistencia ontológica en el ente es tal por contingente. Considerado en sí mismo, una vez que es creado, el ente lo es en plenitud, por cuanto es lo que es. “El regalo de la existencia es irrevocable cuando se les concede a los seres que, por lo que respecta a ellos mismos, son incapaces de perderla”²⁴. Por consiguiente, el acto de ser (*esse*) le corresponde totalmente, ya que no es nada sino un ente. Sin el ser no existiría, como, del mismo modo, y porque no hay en la esencia nada del ente que de razón de que siendo pueda dejar de ser. Pues el ser es para ser, no para no ser. Por lo tanto, el ente goza de una doble solidez ontológica. La de su esencia, que le hace ser *lo que* es conforme a su acto formal, y la de su existir (*esse*), por el cual *es* ente. Esto explica que Santo Tomás reafirme la eternidad del orden esencial o sustancial, en razón de la eternidad de sus principios intrínsecos constitutivos, y con ello también su indestructibilidad, a la vez que vislumbre entitativamente su contingencia existencial con respecto a Dios, su causa. De modo que, si se es, se es tanto como Dios, aunque en Dios su naturaleza es inconmensurable, infinita e incomparable con el ente finito. Este es el regalo divino irrevocable del Ser a todo ente. De manera que no hay en el mismo ente posibilidad para no ser, porque dar el ser o quitarlo atañe sólo a quien es el Ser. Porque crear el ser del ente, mantenerlo o aniquilarlo compete únicamente a Dios²⁵.

13. El acto de ser del ente funda asimismo su unidad, puesto que todo lo del ente es real por su acto de ser o porque su esencia participa de él, de modo que todo lo que se encuentra en el

²² Cfr. *S. Th.*, I, q. 6, a. 1, c. y a. 3, c., la esencia de una cosa puede ser su principio de acción, cfr. *S. Th.*, I, q. 21, a. 1, c., ad. 1, ad. 2 y ad. 4; y “El modo de operación depende del modo de la substancia”, *C. Th.* c. 78, ar. 136.

²³ *C. Th.* c. 72, ar. 125-6 y c. 73, ar. 127.

²⁴ *El ser y los filósofos*, *op. cit.*, p. 244. Es “difícil encontrar expresiones más fuertes: la existencia no tiene raíz ni siquiera en las cosas actualmente existentes (...) la existencia no es nunca de la esencia (...) Nada parece más precario que un mundo así concebido, en el que ninguna esencia puede ser jamás su propio existir (...) éste es uno de los puntos más difíciles de captar en toda la metafísica de Tomás de Aquino, puesto que aquí se nos invita a concebir las creaturas como siendo, a la vez, indestructibles en sí mismas y totalmente contingentes en su relación con Dios”, p. 241. Es un mundo sustancialmente eterno y existencialmente contingente.

²⁵ Cfr. *Idem*, p. 272 y p. 244.

ente es uno por su único acto de ser (*esse*). De acuerdo con lo expuesto, todas las circunstancias, todo el orden de lo accidental y todo el orden de la sustancia, todo es uno en cada ente por el acto de ser propio y sin el cual no sería nada.

14. Mirando al orden de la esencia o de la sustancia que cada ente es, el tipo de ser depende en cada ente de su acto formal. De allí que, según sea la esencia de la sustancia, será su forma de permanecer en el ser o de durar. Entonces la esencia, en cuanto principio del ente, no es incompatible con el devenir, sino precisamente es la condición formal que posibilita el devenir y su causa final. “Nacido de un acto existencial, el *ser* es a su vez un acto existencial, y del mismo modo que es efecto, así también es causa (...) la perfección actual de las esencias es la causa final de sus existencias, y lograrlo supone muchas operaciones (...) Puesto que *ser es ser acto*, es también ser capaz de actuar”²⁶. Sólo donde hay puro acto de ser, como lo es Dios, cuya esencia es una con su ser, no hay devenir. Dios es simplemente, por lo que no hay nada en Él que pueda devenir; Él es *El que Es*. Pero en cuanto nos encontramos con la composición en el ente de su ser con su esencia, aparece cierta alteridad; la alteridad misma que la distingue, en cuanto potencia, de su propia existencia y, con ella, el posible devenir. Esto resguarda plenamente vigente, en primer lugar, el orden de las naturalezas, ya sea en sus principios, el ser y el acto formal o esencia y, dado el caso en ésta, la potencia material, porque dondequiera que se necesite materia señala cierta privación de ser en la forma; como así también, en segundo lugar, sus potencialidades operativas fundadas en ellos, porque, tales principios, en cuanto actos, son el sustento a su vez de toda la riqueza y diversidad, tanto del orden jerárquico y gradual de seres sustanciales, conforme su determinación esencial, como también del correspondiente dinamismo operativo y perfectivo de las sustancias que son²⁷.

15. Del mismo modo la eternidad de Dios es trascendente a todo tipo de duración del ente, por ser el mismo Ser y la misma Eternidad. En consecuencia, Dios, por ser el Ser que no es ente, puede estar en su creatura, en el ente, y en todo tipo de duración de todo ente, pero sin confundirse nunca con ella, es decir, con el ente. Porque la eternidad de Dios está presente antes, durante y, dado el caso, al finalizar la duración del ente: “Dios en cuanto causa primera, creadora, que es *Esse*, sostiene con su ser, creándola, manteniéndola y dirigiéndola a sí, como a su fin, a los seres creados, sea el tipo que sea de su duración”²⁸. Es más, “Dios no tiene por qué re-crear a cada momento lo que de suyo no tiene momentos; un único y mismo acto continuado de creación, esto es, un acto intemporal de creación, basta para conservarlas en la

²⁶ *El ser y los filósofos*, op. cit., pp. 272-3.

²⁷ Cfr. Etienne Gilson, *Elements of Christian Philosophy*, trad. Amalio García-Arias, *Elementos de Filosofía Cristiana*, Rialp, Madrid, 1970, p. 267; y cfr. *Meditación acerca de los seres naturales*, op. cit., pp. 157.

²⁸ *Meditación acerca de los seres naturales*, op. cit., p. 157.

existencia”²⁹. Así, el ente en su duración nace a partir del acto creador de Dios eterno, se mantiene en Él mientras es, y retorna a Quien lo creó, pues es asimismo su fin. Importantísima conclusión: “Dios Eterno le es siempre presente al ente y sin embargo, nunca se confunde con Él, porque el acto de ser del ente creado, que le hace *ser* tanto como Dios, es siempre análogo y no igual; ya que aunque con solidez ontológica, su acto de ser (*esse*) tiene los límites de su esencia (finitud), mientras que el Ser que es el mismo Acto de Ser (*Esse*) es sin límites (infinitud)”³⁰.

16. En consecuencia, en razón del Dios creador como también por el ente es incluso posible distinguir reales y efectivas la causa primera y las causas segundas y sus relaciones. La garantía del mundo creado, de los entes, es el mismo Dios, porque siendo el Ser, su presencia no anula ni reduce a apariencia lo creado. Existe así una absoluta, necesaria, radical y ontológica dependencia del ser de todo ente natural finito del Dios, único Ser absolutamente necesario, pues ellos son por Él, su causa eficiente, y a Él deben, en cada instante en que son, todo lo que son: su ser (*esse*), su esencia o substancia, su capacidad causal, el ejercicio y la eficacia causal en el efecto que producen. Sólo los seres más nobles gozan de las facultades inteligencia y voluntad, de modo que Dios mueve y gobierna al hombre mediante el poder de su misma razón. Sin embargo, como vimos, y digno de ser destacado, esto no significa negar a los seres naturales su realidad o consistencia ontológica, pues debido a la fecundidad del acto creador los seres naturales, los entes ejercen una participación finita en él, y como efectos reales de su causa, son y son fecundos. Dicho de otro modo, Dios crea continuamente centros originales que actúan y son eficaces³¹, y progresivamente operan para realizar la perfección de su naturaleza, por lo que debe atribuírseles como propia su causalidad y eficacia. Aquí radica su semejanza con Dios, pues al actuar, cada uno según su forma, no hace otra cosa sino ser reflejo del Creador³², y “en lo que más imita a Dios la naturaleza intelectual es en que Dios se conoce y se ama a sí mismo”³³.

²⁹ *El ser y los filósofos*, op. cit., p. 245.

³⁰ *Meditación acerca de los seres naturales*, op. cit., pp. 157-8.

³¹ Cfr. Etienne Gilson, *L'esprit de la philosophie médiévale*, traducido con el título *El Espíritu de la filosofía medieval*, Ediciones Rialp, Madrid, 1981, p. 139. Cfr. *Meditación acerca del ser humano*, Baissac-Benjamín Editores, Córdoba, 2013, pp. 332-3.

³² Cfr. Etienne Gilson, “*Éléments d'une Métaphysique Thomiste de l'Être*”, *Archives d'Histoire doctrinale et littéraire du Moyen age*, Paris, 1973, pp. 7-36, punto 34. Cfr. *S. Th.*, I, q. 8, a. 1, Resp.

³³ Santo Tomás, *Medulla S. Thomas Aquinates per omnes anni liturgici diez distributa. Suu meditationes ex operibus S. Thomas de promptae*, recopilación de Fr. D. Mézard, O. P., traducido por Luís M. de Cádiz *Santo Tomás de Aquino. Meditaciones. Entresacadas de sus obras*, Emecé Editores, Bs. As., 1948, pp. 409-10. “El acto de bienaventuranza es un acto contemplativo por su esencia pero que exige el concurso de la voluntad (...) gozo en la verdad: ‘Sólo en el conocimiento del bien adquiere su culminación sapiencial lo teórico; sólo en la mutua inclusión del entendimiento que conoce lo bueno y la voluntad que lo ama se ejerce plenamente el acto por el que se define la nobleza suprema del entendimiento’*”, *Francisco Canals Vidal. “Teoría y Práxis en la

17. Admirar entonces no sólo la perfección sino también la eficacia de lo natural creado, y amarlo como tal, es celebrar la gloria del Creador, pues un mundo con verdadera causalidad es realmente digno de Dios, quien comunicó su bondad a las cosas de modo que cada una transmita a otras la perfección recibida, conforme su naturaleza en cuanto el ente que es.

Patricia Carolina Pérez de Catalán